

# Letras de Hoy

## MACEO EN SANTO DOMINGO

Por José María Chacón y Calvo

La literatura dominicana que ha dado a América con Pedro Henríquez Ureña a uno de los maestros de la filología creadora y la llamamos de esta suerte para distinguirla de la puramente externa o erudita, ofrece una tradición historiográfica del más alto interés. Así el maestro Don Américo Lugo, autor de una excelente historia documental de Santo Domingo en los dos primeros siglos de la colonización, es un investigador formado en la mejor escuela, que concierta armoniosamente el tenaz esfuerzo erudito con el espíritu de la creación artística. Basta el ejemplo del ilustre escritor para confirmar nuestro aserto. Por otra parte la Academia de la Historia, que presidió hasta hace pocos meses Don Federico Henríquez Carvajal, el patriarca de las letras antillanas, el hermano espiritual de Martí (y es menester que se aperciba Cuba a la conmemoración del centenario del nacimiento del patricio venerable) ha dado con su revista mensual *Clío* y con otras publicaciones un magnífico aporte a la historiografía americana. Debemos mencionar también, y en primerísima línea, los libros históricos del



gran escritor Max Henríquez Ureña, tan hondamente vinculado a la cultura cubana: el último, el titulado *El Arzobispo Valera*, es un modelo del género.

Emilio Rodríguez Demorizi es un discípulo directo de Pedro Henríquez Ureña. Mi primera impresión del director del Archivo Nacional de la ciudad primada, va unida al recuerdo de José Martí. Fue en una sesión del Ateneo Dominicano. Rodríguez Demorizi hablaba de la intimidad de la historia, de los detalles minúsculos, de las leves o circunstanciales referencias, que nos acercan tanto, sin embargo, al espíritu de una época o a la psicología de un personaje. No sabía qué admirar más en el excelente trabajo: si el sentido de la palabra adecuada o la emoción histórica. Esa emoción de la historia es una de las características de la obra de Rodríguez Demorizi. Aquella inolvidable lectura venía a parar en un documento martiano de una inesperada procedencia: *las medidas* de nuestro gran hombre, tomadas por el sastre que le atendió en una de las etapas de Martí en tierra dominicana. La fina indagación me hacía recordar cierta expresión de Don José Ortega y Gasset al hablar de la obra de Azorín: *primores de lo vulgar*.

Rodríguez Demorizi, a quien debemos una reveladora monografía sobre los días dominicanos de Heredia, que apareció en el primer centenario de la muerte del poeta (1939), acaba de publicar un libro de grandes dimensiones, de copiosísima erudición y de severa crítica. Se titula *Maceo en Santo Domingo*. Acabo de recibirlo de manos de Don Virgilio Díaz Ordóñez, el ilustre poeta y ensayista, antiguo Rector de la Universidad de Santo Domingo y hoy ministro de la República hermana en Cuba.

Basa su obra el joven investigador en una larga serie de documentos inéditos. Ha aprovechado dos fuentes principales: el Archivo General de la Nación, que el mismo Demorizi dirige, y el del Consulado de España en Santo Domingo.

Dos personajes aparecen como grandes protectores de



**Maceo y devotísimos de la causa de la independencia de Cuba: Gregorio Luperón y Ulises Heureaux, el Liliés famoso de una larga y contradictoria tiranía.**

Rodríguez Demorizi posee la disciplina del investigador y el arte de retratista histórico. Las páginas que dedica en su libro a Heureaux y a Luperón son verdaderas semblanzas, en las que vemos en su intimidad a encumbrados personajes. Liliés es el ejemplo de la astucia, de la doblez política, que a pesar de su finalidad, no podremos justificar nunca, a no ser que admitamos como válidas, las razones de Maquiavelo, preceptor de príncipes. Recibe una vez una carta confidencial de Maceo: le sirve en más de lo que le pide, pero se apresura a poner el documento secreto en poder del cónsul de España. Así obtiene la Gran Cruz de Isabel la Católica, al tiempo que presta un auxilio muy eficaz a nuestra guerra de Independencia, la “santa cruzada de Cuba” como llamaban a nuestra revolución libertadora los periódicos dominicanos.

La “santa causa de Cuba”: no sólo en los documentos y en los periódicos ha indagado el autor para escribir su libro magistral. La musa del pueblo, la tradición folklórica le han revelado también hasta qué punto el sentimiento cubano había llegado a confundirse con el propio patriotismo en muchos dominicanos. Y “si en la poesía aparecían juntos los nombres de Gómez y de Maceo, la musa popular también los enlazaba en la manigua”. Esta es una de las décimas que el pueblo cantaba por aquellos días, al son de las maracas y del tiple:

Martínez Campos creía  
que Cuba iba a ser de España,  
recorriendo la montaña  
con piezas de artillería.  
Y Maceo le decía  
Váyase usted a La Habana:  
Yo con mi tropa cubana



**Y Máximo Gómez al frente,  
Hago a Cuba Independiente  
Con pólvora americana.**

El libro de Rodríguez Demorizi es uno de los más importantes publicados sobre nuestro héroe simbólico. El autor lo dedica “a los cubanos en el centenario de Antonio Maceo”. Es un nuevo y brillantísimo testimonio de los hondos vínculos que unen a la tierra primada de América y a Cuba.

Maceo, que tenía ascendencia dominicana, encontró en Santo Domingo una hospitalidad generosa, esa acogida amable, cordial, solícita que halla siempre el viajero al llegar a esa tierra en donde se fundó el primer Municipio, la primera Audiencia, la primera Iglesia y la primera Universidad de América, de nuestra América: tierra sagrada, venerable para todo americano es la tierra de Santo Domingo. Tierra en donde se oyó por primera vez hablar de libertad en América: los sermones de Fray Antón de Montesino, el dominico precursor de Las Casas, que predicó en los domingos postreros de 1510 y en los que se refirió a la servidumbre de los indios. Entonces el Padre Las Casas, el gran apóstol, era un clérigo con encomiendas, es decir, con indios esclavos, y las palabras inflamadas del predicador las sintió en lo íntimo del espíritu.

El libro de Rodríguez Demorizi ilumina uno de los más interesantes capítulos de la vida de nuestro héroe. La historiografía americana debe, así, un nuevo e insigne servicio al joven maestro, que con tanta eficacia y brillantez dirige el Archivo General de la Nación.

(Del *Diario de la Marina*,  
La Habana, 23 dic. 1945).

